

RECUERDOS DE MI PUEBLO

“El Bala”

Los más lejanos, se remontan a los años cincuenta. Entre brumas vienen a mi mente, aquellos días, en los que, cada festivo, veía a mis padres hacer adobes, para lo que después sería nuestra casa. Les acompañaba mucha gente. Todos los que vivían en la misma calle del pueblo.

Recuerdo a la madre, trajinando en la cocina vecina para dar de comer a tanto trabajador. (Ese era el único salario que los obreros tenían ese día).

Ya entonces, no se permitía por Ley, hacer de cualquier modo las viviendas, pero había un subterfugio. Si en un día se levantaban las paredes maestras y se ponía algún tipo de tejado, con una pequeña sanción, se aceptaba la construcción. Que yo sepa, en aquella época, la mayoría de las casas de los barrios humildes de Salamanca se construyeron así.

Pues bien, una vez izado el esqueleto, ya cada propietario se las ingeniaba para dividir en habitaciones aquel salón. Por supuesto, en aquellas “casas”, y durante mucho tiempo no había más que necesidades. No disponían de los servicios más básicos, agua corriente, luz, desagües, etc. Estas carencias se resolvían con facilidad. Agua para beber....., a una fuente que estaba a un kilómetro y para lavar la ropa....., al río. Luz....., con candiles de carburo o lamparillas de aceite. Los desagües, pues.... a la calle, eso si, lejos para evitar malos olores. Los padres, trabajaban de sol a sol (“Sin estatuto del trabajador”) en lo que podían.

Encima, recién acabada la guerra, a alguien se le ocurriría pregonar la bondad de tener muchos hijos y todos se cargaron de un buen número, ¡Y no venían con ningún pan debajo del brazo!. (Tampoco había TV.). Solo, para dar de comer a la prole, había de hacer milagros aquella gente.

Siempre estaban activos. Cuando no iban a re-espigar lo que quedaba en los campos de cereales, portaban leña de los montes para el fuego. Recogían todo cuanto valía en escombreras, limpiaban las huertas cercanas de aquello que ya no estaba "aparente" para la venta. Criaban algún "marrano" (entonces se llamaban así) y algunos pollos, en cuadras aledañas a la casa, con hierba del campo y desperdicios. Hay que decir, que no se comían los que criaban, ya que era más importante venderlos y comprar algo que cubriera más necesidades.

Bueno, pues en aquellos ambientes tan pobres, destacaba una gran solidaridad. Cuando alguien se acatarraba...., pues tosían todos. Cuando alguna enfermedad pillaba a alguien del pueblo, todos sus habitantes se preocupaban por él y hacían votos por su restablecimiento.

Aunque les faltaba de todo, (hasta alimentos que llevar a la boca en ocasiones) lo poco que había se compartía con cariño. Es curioso, pero creo firmemente, que lo que faltaba en aquella pobreza para ser feliz, lo cubría la misma necesidad de los demás,.... pero compartida.

Cuando pienso en ellos, me vienen a la mente apodos cariñosos de muchos, como: "El Juan-lanas", "El Popi", "El Merre", "El Pisco", "El Torero", "El Calala", "El Rengue", "El Campiña", "El Colorao", "El Machaquito", "El Guili", "El Gaona", "El Veguillas", "El Coto", "El Siro", "El Negro", "El Poropo", "El Cañón", "El Guinda",

etc...etc...La mayoría de estos nombres eran heredados de sus antecesores.

Todos gente extraordinaria y que tenían nombre propio, pero solo se les conocía por su "mote" y con "El" delante.

De cada uno de ellos, llevo en mi mente recuerdos tan importantes, que me siento orgulloso y agradecido de haber tenido la suerte de participar en sus vidas.

Sobrenombre llevaban también, los dos maestros que había en mi pueblo. "El Tío Trucha" y "El Relámpago". Diametralmente opuestos en todos sus aspectos. El primero, era un mal profesional, que en muchas ocasiones dejaba a los alumnos solos y se iba a su casa hasta que osaba regresar.

La enseñanza no era su fuerte. Pasaba las clases bostezando, mientras dejaba a algún alumno vigilando a los demás. Y....., no quiero seguir porque no deseo perjudicarlo.

"El relámpago", en cambio, era un gran PROFESOR. Nació para enseñar y vivió solo para ese fin. Un ejemplo de saber estar, riguroso y cariñoso a la vez. Muy preparado, integrado en el pueblo que le adoraba, y del que solo he escuchado después, alabanzas a su persona y obras.

Tal diferencia había entre ambos, que los niños estaban un año con cada maestro y lo que con el bueno ganaban, lo perdían al año siguiente con "El Tío Trucha". Es importante saber, que por aquella época, en mi pueblo, los niños solo iban a la escuela hasta los diez añitos. Después ya participaban en la economía familiar aportando lo que se llamaba "La cagá-lagarto", que no era otra cosa que su primer trabajo.

De los 1.000 habitantes censados, solamente comenzaban el bachiller cuatro o cinco privilegiados, que salvo excepciones, eran los hijos de las

“Fuerzas vivas”. (El alcalde, el médico, el maestro, el boticario, y algún terrateniente que otro.).

Creo sinceramente, que este era el ambiente que prevalecía en los pueblecitos de los alrededores de la Capital en los años 1945 a 1955, donde podemos enmarcar estos pensamientos.

Recuerdos que guardo con esmerado cariño y que tal vez, el paso del tiempo, me llama a magnificar. No puedo, de ningún modo, compararlo con la frialdad, la avaricia, el despego y el desamor en que está inmersa la sociedad actual.

Antaño prevalecía el cariño entre la gente en los pueblos. Hoy, por unas u otras causas, no se intuye otra cosa que desconfianza y afán de conseguir todo a cualquier precio. ¡ Qué pena ¡ ¡Cómo va evolucionando nuestra humanidad! ¿Seremos capaces de cambiarla?

El Bala